



La presencia del socialista Fernando Morán en Casablanca no es una casualidad.

camente, no pertenece a la Internacional Socialista, aunque últimamente sus relaciones con la socialdemocracia europea son cada vez más firmes. Su postura respecto al Polisario es diametralmente opuesta a la que hasta ahora venía manteniendo el PSOE. Para el socialismo marroquí no existen los saharauis como pueblo. La USFP considera al Polisario como pequeños grupos marionetas —dirigidos por Argel— que practican el terrorismo dentro de la soberanía marroquí. Tal divergencia de criterios entre los socialistas de ambos lados del Estrecho tendrá, inexorablemente, que reducirse. Están implícitos el ingreso de España en la OTAN y el ingreso de la USFP en la Internacional Socialista.

La presencia de Fernando Morán en Casablanca no es una casualidad. Morán es un experto en temas africanos. Durante el franquismo, en la Dirección General de Asuntos de África, vivió en directo el problema de la descolonización del Sahara. Morán intenta crear en el seno del PSDE una tendencia conciliadora para acercar su partido a las posiciones del socialismo marroquí, alejándolo del Polisario, que, en Europa, es de difícil explicación. Los recientes contactos de la UCD con el Frente Polisario y la liberación de los pescadores canarios hablan desplazado al PSOE como interlocutor exclusivo con el Polisario y Argel. El atentado del Cruz del Mar —atribuido por la mayoría de los expertos a los servicios de inteligencia marroquíes— abre un paréntesis en dichas relaciones. Ahmed Bujari,

embajador oficioso de la RASD (República Árabe Saharaui Democrática), declaraba a Nativel Preclido en *El Periódico*:

"Tenemos pruebas de que ha sido una acción llevada a cabo por un comando marroquí".

Las relaciones españolas con Marruecos pasan por un momento delicado. Aunque oficialmente se silencia, para casi nadie es un secreto que 1981 fue una fecha aceptada para negociar Ceuta y Melilla. El PSOE y la UCD deberán reajustar sus posturas antes de ese año. La pugna con Marruecos entrará, en breve, en una segunda fase; mientras, existirá una inevitable alineación con Argel, que también será presionado por Marruecos para resolver el problema del Tinduf. La posición de los socialistas españoles en ese caso es contradictoria. Deberán deshacerse del compromiso electoral ante sus bases, del retórico "Polisario Vencerá", si quieren mantener sus buenas relaciones con otros miembros de la Internacional Socialista. Enfrentados en el callejón de las reivindicaciones territoriales, los socialistas marroquíes, por su parte, se ven incapaces de acercarse a España o Argelia, continúan aislados. En sus tres fronteras existen conflictos latentes. Su técnica es empujar a Hassan II. Aunque, en ocasiones, no se sabe si empujan o son empujados. La segunda fase de la operación "Magreb" de Giscard d'Estaing se ha cumplido. Pese a las diferencias entre el Polisario y Mauritania sobre la liberación de prisioneros. ■

BOLIVIA

Los "peligros" de la apertura

El reciente golpe militar del 24 de noviembre en Bolivia, su contexto y su proyección superan largamente las fronteras nacionales de ese pequeño país latinoamericano para poner en cuestión los procesos aperturistas que se han dado en la región —Ecuador, Perú, algunos esbozos en Brasil— a partir de un hecho común a todos ellos: cualquier signo de liberalización de los regímenes autoritarios se ha visto desbordado por manifestaciones populares, imponiendo no sólo sus reivindicaciones, sino también nuevas características a esos procesos.

Apremiado por la presión de los partidos políticos y el descrédito internacional por la falta de representatividad de su Gobierno, el derrocado Presidente, general Juan Pereda, tuvo que adoptar desde su comienzo medidas reclamadas por el pueblo —derogación de la legislación represiva, incorporación del campesinado a la Seguridad Social, abolición del pacto obrero-campesino— e intentar pactar con la oposición de izquierdas un calendario que concluiría, según su proyecto, con nuevas elecciones para el segundo semestre de 1980.

La movilización popular, expresada en el resultado electoral —con un abrumador triunfo de la Unión Democrática y Popular, frente integrado por 14 organizaciones y partidos de izquierda, que postulaba a Hernán Siles Suazo para la Presidencia—, acabaría con la demagogia y el espíritu continuista de Pereda. En el término de cuatro meses, la irrupción del pueblo en la vida política boliviana significó el desplazamiento de la burocracia sindical, la imposición de mayores libertades públicas y una fuerte presión por nuevas elecciones.

Hasta que el 18 de noviembre Pereda comete dos errores clave: la disolución de la coalición, que lo había apoyado en las elecciones, la Unión Nacionalista del Pueblo, quedando sin ningún tipo de apoyo más que la derecha de las Fuerzas Armadas; y anuncia el rompimiento del diálogo con la oposición, convocando a nuevas elecciones para el mes de mayo de 1980.

Supuestamente, el golpe del 24 de noviembre, dirigido por el general David Padilla —adestrado en la Escuela especial para oficiales latinoamericanos que Estados Unidos tiene montada en Panamá—, fue para modificar ese rumbo y adelantar dicho proceso.

Lo que está en cuestión en Bolivia —como lo está en Perú, con un proceso constituyente amenazado por un golpe militar; o en Ecuador, que ante la inminencia de un resultado no deseado se retrasa en seis meses la segunda vuelta electoral— es cómo se hace la transición de un régimen autoritario militar a un proceso de democracia "controlada", ya que en todos los casos, las aperturas significaron la irrupción del pueblo en la vida política, trastocando los planes militares de traspaso a los civiles, a "sus" civiles.

Si los límites de la democracia "controlada" en Latinoamérica son muy endebles, más aún lo son en Bolivia, en la que confluyen una tradición de lucha sindical-popular importante con un Ejército que, a diferencia de los restantes latinoamericanos, produce periódicamente figuras progresistas que se ligan a esas luchas. Y más aún, también, en estas circunstancias, en que la UDP no sólo nuclea a lo más representativo de la izquierda, y como tal obtuvo el 42,5 por 100 de los votos en julio, sino que además está planteada no sólo como frente electoral, sino como instrumento político para, según lo definió Siles Suazo, "los próximos diez años". En este entorno, el equipo de Padilla, ¿aceptará intensificar el proceso de democratización como lo exige el pueblo? ¿O cederá a las presiones de los sectores reaccionarios de las FF. AA. para cortarlo? La respuesta a esos interrogantes tendrá una importancia vital para el resto de Latinoamérica y, especialmente, para su Cono Sur. ■ LUIS GRANOVSKY.